

## Aquí no ha pasado nada



*Por Claudio Giacconi*

para Maritza Gligo Glavic

Si no te comes a tu padre, él te comerá a ti... Un recuerdo no existe más que en la medida en que se lo puede destruir, eliminándolo y sirviéndose de él.

Ensayo sobre el lenguaje. Pierre Mabilie

El muchacho había oído en el curso de la última semana repetidamente a cada cierto intervalo, en un tono de voz grave y retenido: “Está agonizando. Agoniza. Está agonizando”. Él comprendía,

más bien a raíz de observar con minuciosidad el semblante de su madre y el de algunas visitas ocasionales, que a su padre habría de ocurrirle algo importante, insólito, pero que no alcanzaba a representar en su mente. “El último día estuvo todo el tiempo agonizando”, habría de pensar con posterioridad el muchacho, porque cuando esa tarde él consiguió entrar a la pieza de su padre –después de vencer innúmeros obstáculos– este no lo recibió con esa desmayada alegría que mostrara las últimas semanas (siempre que el muchacho llegaba junto a su lecho), sobreponiéndose trabajosamente a unos dolores punzantes, que él –los dolores– alcanzaba a comprender, porque sentía, a veces, dolores de vientre, de cabeza, de oídos –un dolor incisivo hacia el interior– o de muelas. Esta vez, el padre entrecerraba los ojos turbiamente y todo él parecía estar algo turbio, como diluido en una atmósfera saturada por los vapores de su transpiración abundante en esa tarde tórrida de verano. No hizo, pues, ninguna señal de reconocimiento; pareció ignorar su presencia cuando penetró al fin en su pieza –rehuyendo la vigilancia de su madre y de la vieja y fiel empleada– para mostrarle un nuevo mapa que recién terminaba de dibujar, porque había descubierto que sus mapas entretenían a su padre, en donde el muchacho lo situaba todo al desgaire: el Senegal contiguo a Perquenco, Madagascar o Cambodia adyacente con Potosí, o con alguno de aquellos nombres que, entre sílaba y sílaba, encerraban una secreta musicalidad y que se prendían primero de su memoria no muy leal, sino desvaída, y tuvo que irse (porque su padre no despertaba de un semisueño envolvente –aun cuando permanecía con los ojos apenas semicerrados– pese a que dio repetidos tirones de la colcha,

uno tras otro, en medio de un desconsuelo nuevo y desconocido debido a que su mapa no despertaba ahora la atención de su padre). Y hacia el crepúsculo, otra vez, las voces cuchicheantes: “Está agonizando. Está agonizando”. Hacía tanto calor y su padre transpiraba copiosamente: estaba agonizando. Pero cuando tía Eduvigis, la vieja solterona, salió esa tarde precipitadamente de casa en medio de un lloriqueo agudo e irritante, presintió que algo muy insólito ocurría, que quizás aquello de estar agonizando fuese algo grave de verdad y, así, con disimulo se plantó frente a ella al llegar a la puerta; y tía Eduvigis, al momento, por una asociación que él buscara ingeniosamente, le dijo: “Vamos, acompáñeme, Carlitos”, en medio de entrecortados sollozos. Los últimos días, también habíase apercebido de lo fácil que resultaba a los adultos llorar por razones en que no sufría la piel, o las piernas castigadas por la terrible y serpenteante varilla de mimbre de su madre, cuando se encrespaba silbando entre sus piernas y esto –se dijo– tal vez se debía a que los adultos no recibían azotes y, en cambio, se los hacían recibir a personas como él. En tales ocasiones, él lloraba, claro está,

lloraba; es decir, gritaba con gran sonoridad, como si esta sonoridad fuese a expandirse y a volver hacia él de otra manera, transfigurada o convertida en alguna forma concreta después, por ejemplo, de estrellarse contra las paredes como una pelota de goma y caer sobre su dolor –a modo de esencia, incienso o bálsamo–, aliviándolo de él, de ese mismo dolor que lo hacía gritar y, claro, él lloraba; es decir corría por sus mejillas un líquido que tenía sabor salado. Pero tía Eduvigis no gritaba; en cambio, lloraba de manera muda –rodándole, también,

el salado líquido por las flácidas mejillas–, así como en los últimos días viera llorar a su madre y hasta a la antigua empleada apoyada en la puerta de la pieza de su padre, lo cual venía a confirmar que los mayores eran seres extraños: lloraban de otra manera y por causas que él no comprendía. Y se fue tras tía Eduvigis, también porque él deseaba, ahora, salir un rato a la calle y librarse de no sabía qué peso aplastante, opresor, que empezaba a sentir entre las paredes de la casa, aunque tía Eduvigis lo cogió de la mano como tantas personas mayores que lo cogían de la mano no bien se encontraba en la calle, libre; entonces –y él comprendió que esta vez se sentía oscuramente tranquilizado al ir cogido de la mano–, ella le dijo, sorbiendo en la nariz la substancia licuosa que amenazaba resbalar hacia el tenue bigotillo: “Vamos a buscar a un cura, a un santo curita”. Él no preguntó nada, pero se le formó un nudo en la garganta (¿Por qué un curita?), que se iba apretando gradual, progresivamente, y cuando la tía Eduvigis, por una especie de incapacidad para ocultar algún hecho muy grave que sólo ella y su madre y la empleada conocían y comprendían, dijo: “Tu padre se muere”, apresuró el paso a su lado, urgido por una súbita prisa, y casi corrió arrastrando de la mano a tía Eduvigis –quien con sus gordas piernas varicosas no podía acelerar el paso sin unir a sus sollozos quejumbrosas voces de protesta– como si ahora comprendiera vagamente que el santo curita habría de hacerle un bien grande a su padre; tal vez, que había de conseguir que dejase de agonizar volviéndolo a como era antes, bien que la vieja solterona, gastada como los gastados engranajes de una vieja máquina sin lubricante y en desuso, le dio un brusco tirón (ella, que había visto a Carlitos no más de

cinco veces en su vida, una vez al año cuando venía a Santiago, y que había venido ahora inopinada y excitadamente, para mirarlo de un modo lastimero y decirle, dándole unas palmaditas protectoras en la nuca, que estaba más crecido, o más flaco, o de colormás rosado; ese pobre Carlitos, esmirriado, pensante y cabezón, de unas extremidades algo lacias como un arbusto raquíutico, que se doblegaban al menor tropiezo), aunque pretendió hacerlo inadvertidamente. Pero el muchacho percibió el brusco tirón que lo obligaba a aminorar el paso de acuerdo con el de la vieja tía y sintió una sorda irritación, porque había que correr, correr... Había que apresurarse. Apresurarse. Y al curita tenían que ir a buscarlo a la parroquia vecinal, al otro lado de la ancha avenida. Su padre debía estar esperando ya impaciente y ellos parecían no avanzar por la calzada... Apresurarse. Entonces tuvo deseos de preguntar a tía Eduvigis qué le iba a ocurrir a su padre, pero temió que la respuesta viniera a confirmar sus aprensiones –lo que estaba pronto a ocurrir fuese algo nada bueno para él– y empezó a sollozar de un modo en que se esforzaba a hacerlo, pues quería llorar de idéntico modo a como lo hacían tía Eduvigis y los demás mayores. Además, deseaba oscuramente oír esa frase: “tu padre se muere”, para ver si en esta ocasión podía penetrar más su sentido, hasta que llegaron a la parroquia vecinal y fue él –el muchacho– quien entró por la sacristía hacia el patio interior en busca del padre Laureano, el santo curita que debía visitar a su padre, aunque no se explicaba por qué razón se necesitaba su presencia, pues había visto que cuando su padre sufría agudos dolores, venía, por lo general, una enfermera a inocularle alguna inyección. Y por qué no una inyección ahora... “Ahora no, está

agonizando; hay que apurarse”, se dijo, tirando con fuerza de los faldones del padre Laureano, un viejecillo de amable rostro reseco que no mostró una sorpresa manifiesta al momento en que tía Eduvigis le comunicó que un hombre no muy viejo, joven todavía, agonizaba a una cuadra de distancia. “Ahora el santo curita hará algún remedio”, se dijo el muchacho, y pensó que, bajo la sotana, escondía una gran inyección: ahora su padre agonizaba.

Y era necesario apresurarse. Efectuar lo antes posible los remedios.

De regreso, en la calle nuevamente, el muchacho cogió de la mano reseca al curita y lo arrastraba frenético, mientras tía Eduvigis corría de atrás, acezando de cansancio.

El día terminó, lento, pesado, y él, como las otras noches, se fue a su pieza, eso sí que antes consiguió asomar la cabeza por la puerta de la pieza de su padre (ahora dormía a solas, quizás para que no lo molestaran –supuso– puesto que su madre habíase trasladado a la habitación del fondo del corredor y desde allí permanecía en vigilia, atenta al menor ruido), pero su madre le impedía llegar junto al lecho, aunque alcanzó a ver a su padre que lucía un buen aspecto, pues dormía con una respiración en exceso ruidosa, así como cuando dormía la siesta bajo algún sauce en los paseos campestres que hacían el año anterior, a Barnechea, a Santa Nicolasa de Apoquindo, a Pedreros, antes que su padre cayera en cama, y se sintió, a la vez que más tranquilo y casi contento, con el fuerte deseo de ir a frotarse contra su larga barba intocada por la hoja de afeitar en los últimos dos meses y que lo asemejaba a una de las estampas de su libro de Historia Sagrada; pero su madre lo obligó de inmediato a irse a dormir. Comprendió que

había estado llorando, pues sus ojos aparecían ribeteados por una orla roja y quiso preguntarle por qué lloraba, pero cuando ella lloraba (sólo los últimos días la había visto hacerlo) hacía empeño por ocultar el rostro o desviarlo de su mirada y supuso que no estaría bien hacer alguna pregunta. Claro que sería porque su padre agonizaba, pero ya no agonizaba, pues el padre Laureano había acompañado por un buen espacio de tiempo y estuvo a solas con él, encerrado en la pieza.

No bien comenzaba a dormir, se sintió bruscamente despertado por los remezones de su madre: había llegado (encendía en ese momento la luz) junto a la cabecera de su cama y se plantaba ante sus encandilados ojos, pétrea, envuelta en un gran silencio fatídico, de muerte. Ahora sus ojos estaban algo más húmedos y él la observó por algún rato, semidormido, aún sin poder rescatarse a un resto de sueño rebelde, con un vago temor. Entonces, su madre rompió el silencio atemorizante y habló y advirtió que su voz estaba anormalmente más ronca –casi se parecía a la de su padre– cuando dijo: “Tu padre ha muerto”. Él dijo que sí con la cabeza: que había oído, que entendía y hasta encontró intranquilizador el hecho de que su madre no se retiraba después de comunicarle que su padre había muerto. Dijo que sí: que había comprendido y que podía otra vez permitirle seguir durmiendo, cuando su madre soltó un sollozo que pretendía ahogar estrechándolo contra sus brazos, impidiéndole casi la respiración. El muchacho, sin embargo, sostuvo una lucha con su madre: él quería verse libre de sus brazos y, además, todo eso lo asustaba –aún era de noche y en esa quietud, que le pareció enorme, ruidosa tan sólo por su carga de silencio, resonaban nerviosos pasos en el corredor; pasos

amenguados que se silenciaban a sí mismos y que lo hicieron suponer que algo ocurría, que su padre tal vez se sintiese aquejado de nuevos y más terribles dolores; y su madre dijo: “¡Hijo mío, hijito!”, y él no atinaba a hacer nada. (“Fue en ese momento que ella debería haber-me hecho comprender de una vez por todas”, habría de pensar con posterioridad el muchacho) porque comprendió que debía decir algo, algunas palabras, dirigirle algunas palabras a su madre, preguntarle algo, pero esta se fue y apagó la luz, diciéndole: “son aún las cinco de la mañana. Duerme. Duerme”, aunque esto bastó para que él, ahora, sintiera violentos deseos porque ya fuese de día y hasta pensó en saltar de la cama y llegar en puntillas junto al lecho de su padre.

Aún después, en la mañana, cuando comenzó a llegar gente – algunas personas que recordaba haber visto antes y otras que la empleada dijo eran parientes, siendo que todos se presentaban algo llorosos y, lamentándose, abrazaban largamente a su madre– le pareció ridículo y aburrido todo eso y quiso salir, y salió, aunque en la mañana habían metido su esmirriado cuerpo dentro de un traje negro muy holgado que había traído Alberto, un primo del muchacho, algo más crecido que él –su traje negro de la primera comunión– y que en ese momento entraba con su padre; al parecer habían estado paseando durante mucho rato por la vereda, y preguntó: “¿Tú también? ¿Por qué estás de negro? ¿Por qué te pusieron esa corbata negra?”, y él dijo: “Mi padre está muerto”, y en la mañana –recordó– no le habían permitido entrar en su pieza, puesto que le insinuaron compasivamente que se estaban efectuando en el interior de ella algunos “arreglos”, olvidándose después por completo de ello, y creyó por un instante que

lo recién dicho a Alberto era algo divertido o, al menos, que debía serlo para establecer la necesaria camaradería entre ambos, y volvió a repetir, como si fuese algo divertido: “Mi padre está muerto”, pero Alberto no respondió a sus instancias de comenzar a reír, como ocurría siempre que se reunían y, más aún, este fue reprimido por un severo gesto de su padre –el tío del muchacho–, quien estaba en ese momento muy serio. Ni aun al día siguiente (porque entonces el muchacho ya no hacía ningún empeño por entrar en la pieza de su padre, manejado ahora por un secreto temor que lo tenía a la espera de “noticias”) cuando llegaron los empleados del servicio fúnebre con el negro catafalco a costas y con los negros lienzos y los negros crespones que comenzaron a distribuir por toda la casa; ni aun entonces comprendió, ni aun cuando horas más tarde la casa estaba cubierta de negros cortinajes y no le ponían ahora obstáculos para entrar en la pieza de su padre, cubierta también de negros cortinajes, siendo que su padre permanecía, ahora, reposando en el interior de ese negro cajón reluciente, aunque todo él cubierto hasta la barbilla por una tela alba, brillante. Se había cortado la larga barba y permanecía sin moverse; ni aun entonces, ni aun cuando empujándose sobre sus pies se asomó por el boquete abierto y rozó con sus dedos la cara de su padre, apretada, endurecida y fría, sí, muy fría, y le dijo que recién terminaba de dibujar un nuevo mapa: “Terminé un mapa nuevo”, y su padre esta vez permaneció en un silencio yerto, estatuario; ni aun entonces, ni aun cuando se aproximó la hora del sepelio y comenzó a llegar a casa, otra vez, esa turba de hombres y mujeres desconocidos (sus parientes) y que se consideraban en la obligación de tratarlo

cariñosamente y él, asimismo, con las instrucciones de portarse educado con ellos, cuando él a muchos de ellos no los había visto nunca en su vida. Ahora, claro está, él permanecía más bien escondido detrás de algún cortinaje a la espera de los acontecimientos y ya presentía algo irreparable, pues cuando unos hombres vestidos de negro vinieron a sacar el cajón –que relumbraba a la luz de unos cirios a punto de derretirse colocados en las paredes– ya con el vidrio echado, él se fue tras el féretro, notando que todos los parientes hacían lo mismo, hasta que el negro cajón fue depositado en el negro vehículo tirado por cuatro negros caballos cubiertos de mallas negras hasta los cascos. (“Al menos, fue un hermoso funeral, con cuatro caballos”, habría de decirse con posterioridad el muchacho). Entonces, él quiso ir junto a su padre en el interior del estrecho pasillo donde fue depositado el féretro, pero esto se lo impidieron todos, tanto sus parientes que vestían de negro como los hombres vestidos de negro con acartonados trajes verdinegros; en cambio, tío Eulogio lo cogió de la mano y le dijo: “Vamos en auto, ¿qué te parece? En este maravilloso auto negro...”; y él aceptó, por cuanto el cortejo debía partir, siendo que él lo estaba retrasando, y el cortejo partió, y las mujeres y su madre y tía Eduvigis y su primo Alberto no subían a los autos; permanecían, por el contrario, junto a la puerta de la casa, mientras las mujeres sostenían a su madre que, al parecer, estaba medio ahogada, consiguiendo arrastrarla hacia el interior, y su primo Alberto lo miraba con pena, y así en el viaje de una media hora en que el auto siguió al negro vehículo tirado por caballos, el muchacho permanecía mudo y caviloso. Ni aun entonces, ni aun cuando oyó a tío Eulogio y a otros ocupantes del auto: “Cementerio...”. “Ya llegamos”, y

vio en la pequeña plazuela otros vehículos negros como aquel que transportaba a su padre, aunque de menor tamaño y con menos atuendo; ni aun entonces, ni aun cuando con gestos solemnes tío Eulogio y algunos parientes sacaron el féretro del interior del vehículo e iniciaron ahora un viaje a pie –con el cajón encima de un carrito tirado por un hombre de gorra–, pero ahora los negros trajes y las figuras tiesas, enfundadas y los pasos resonando con demasiada nitidez sobre la vereda bajo los tilos, le hicieron recordar cuando su padre lo llevó una vez al cine y vieron películas de Tom Mix y de Buck Jones, esas buenas películas que le gustaban y que él ahora presintió de manera súbita que en adelante habrían de dejar de gustarle, mientras los parientes, en fila de a cuatro en fondo, semejaban a los soldados de otra película (cuando sintió miedo en el interior de la enorme sala y se le hizo consciente la completa oscuridad que lo rodeaba; fue cuando él se arrellanó en su asiento como un ovillo y se negó a continuar viendo aquellos desfiles de soldados, que no le inspiraban tanto disgusto como los personajes de cuellos duros, tiesos y altos que siempre los precedían) que ahora recordaba porque los pasos, los fríos y metálicos pasos de sus parientes, le traían una lejana asociación. Hacia el final del trayecto, los parientes hablaban, fumaban, discutían asuntos relacionados con sus respectivas ocupaciones, mientras tío Eulogio decía: “Las acciones de Punitaqui... Cinco y medio por ciento...”, a él –al muchacho– le pareció incomprensible y triste toda aquella conversación. “¿Cómo va la cosecha de avena?”. “¿Crees en el porvenir de los arrozales?”, y él –el muchacho– no quitaba los ojos del negro cajón, cubierto ahora por blancos alhelíes, tulipanes y clavelinas

blancas que tremolaban blandamente, amenazando, a ratos, rodar carro abajo, muellemente, cuidando él porque esto no ocurriese, atento al carro, al ataúd, a las ruedas del carro. “¡Se mueve demasiado, se golpea!”, se dijo, porque el carro tirado por el hombre había abandonado la vereda pavimentada y tomaba ahora por un sendero pedregoso y agreste, sombrío y tapizado de musgo, que hacía golpearse sordamente al féretro a merced de los bandazos del carro; entonces, él se desprendió del cortejo y se adelantó hasta ponerse junto al carro, vigilándolo. Mientras: “Los bonos a cuarentisiete y medio o a cuarentiocho...” y él –el muchacho– se decía que nadie miraba a su padre, a su padre que iba dentro de ese negro cajón que se golpeaba, cubierto por todas esas flores que amenazaban rodar. “Seiscientos quintales métricos me parecen una buena cantidad...”. “Yo voy con mi padre”. “Esas son tierras de mi cuñada...”. “Yo voy con mi padre”, y empezó a comprender que su padre quizás había terminado de agonizar y lo ocurrido ahora era algo definitivamente peor, porque, ahora, a la frase *tu padre se muere*, le encontraba ya un sentido más concreto. Desde luego, equivalía a que su padre iba ahora en el interior de un cajón y él solo a su lado; significaba que no podía hablar más con él, porque parecía todo el tiempo dormir y cuando el sepelio llegó a la sepultura y el sacerdote, brotado de no supo dónde, echó unas gotas de agua sobre el féretro sacudiendo un instrumento semejante a una matraca de esas que le compraba su padre para producir ruido, ruido, hacer ruido, sí, harto ruido, mientras ahora todo permanecía en un silencio de muerte y el “Amén” final del sacerdote venía a resonar en los oídos –las cabezas gachas– como una

amonestación en el día sin brisa; todo quieto, los árboles quietos. Y, ahora, las flores que comenzaban a derribarlas al suelo, sin delicadeza, en tanto que la sepultura permanecía abierta ante sus ojos: un boquete largo, estrecho y negro. Comprendió, entonces, que allí habrían de meter el cajón, pero con su padre en el interior; entonces, quiso verlo y no se lo permitieron; entonces, se derribó con todo el cuerpo rabiosamente al suelo y comenzó a arañar la tierra, porque él quería verlo, verlo, y nadie lo comprendía, todos se lo impedían, tal vez porque los parientes estaban ya ansiosos por irse y por terminar con aquello lo antes posible y porque hasta oyó que alguien decía: “¡Qué muchachito tan insoportable!” Lo levantaron del suelo y ahora vio que el féretro había desaparecido en el interior del boquete y los enterradores-albañiles, con una mezcla de cemento improvisada, comenzaban a tapiarlo. Entonces, dijo: “¡No le pongan eso encima! ¿Dónde está? ¿Por qué lo esconden?...”, y el esmirriado cuerpo hacía las más fantásticas contorsiones para desasirse de los fuertes brazos que lo sujetaban y comprendió, empezó a comprender que su padre estaba muerto, que eso significaba algo que, en verdad, no comprendía –*está agonizando, se muere*; muerto, muerto–, pero que significaba, en todo caso, que no iría a ver más a su padre, a su padre muerto, que ya no saldría nunca del interior de ese boquete; que significaba todas aquellas flores hasta tan poco rato antes tiernas y ahora marchitas, pisoteadas, muertas; significaba, por último, que su padre no estaría más a su lado para defenderlo de la varilla de mimbre de su madre; significaba estar solo. Perder el apoyo y estar solo.

De regreso a casa, él –el muchacho– vagó por ella, restregándose contra las frías paredes. Vacío como ella. Casi sintió frío –las paredes frías, la casa fría–, pese a la calurosa tarde de verano, cuando penetró en la vacía pieza, a la que ahora nadie le impedía entrar, que hasta hace pocas horas antes ocupaba su padre, diciéndose que su padre estaba muerto.

Comprendió que ya estaba muerto.

\*

“Aquí no ha pasado nada” pertenece al volumen de cuentos *La difícil juventud*, de Claudio Giaconi, 1954.



**Claudio Giaconi** (Curicó, Chile, 1927 – Santiago, Chile, 22 de junio de 2007). Escritor chileno considerado uno de los autores fundacionales de la Generación Literaria de 1950, grupo de escritores que se destacó por su escepticismo algo radical frente a la vida, buscando, principalmente, la desaparición del criollismo presente hasta entonces en la literatura chilena.

## **Biografía**

Claudio Giaconi nace en Curicó, en el año 1927. Comienza su educación en el Colegio Hispanoamericano de los Padres Escolapios, lugar que pronto tiene que abandonar debido a la delicada situación económica de su familia, provocada por el fallecimiento de su padre. Desde entonces, se desempeña en diversos trabajos ocasionales para subsistir. Lo anterior no evita que su gusto por las letras se manifieste, por lo que comienza a formarse a sí mismo con lecturas de escritores del siglo XIX, principalmente rusos y norteamericanos, como Dostoievski y Goncharov, o Thomas Wolfe y William Faulkner, respectivamente. Gracias a lo anterior, logra ejercer como periodista.

Giaconi siempre fue descrito como un hombre solitario, algo rebelde y apasionado. Entre aquellos que lo conocían, aseguraban su gusto por el buen vestir, lo que no siempre le trajo buenas experiencias, puesto que sus deudas con los sastres lo mantenían con diversos problemas económicos.

Su salud siempre fue delicada. Algunos años antes de su muerte tuvo que ser intervenido en su fémur, lo que provocó una larga convalecencia. Luego de una solitaria vida, decide casarse con la amable mujer que lo cuidó durante ese tiempo como agradecimiento. Sin embargo, fiel a su estilo algo desordenado, termina con esta unión y se va de Chile.

En junio del año 2007, a causa de un fuerte dolor en un pie, es ingresado de urgencias al Hospital del Salvador donde es diagnosticado de trombosis, con la cual es advertido que puede perder ambas piernas. Muere el 22 de ese mes, producto de un infarto tras una compleja

operación.

### **Vida como autor**

A comienzos de la década de los cincuenta, Giaconi entabla relaciones con otros jóvenes artistas de la época, entre ellos: Enrique Lihn, Jorge Teillier, Jorge Edwards y Carmen Silva; con gran parte de ellos comparte aquel sentir escéptico ante los cánones impuestos y aquella voluntad y necesidad de cambio. Es con ellos con quienes más tarde conforman la llamada Generación Literaria de 1950, donde Giaconi tuvo un papel muy importante. El grupo se disolvió producto del exilio al que muchos se sometieron.

Un acontecimiento importante a destacar es lo ocurrido en 1958 en una ponencia presentada en el Segundo Encuentro de Escritores Chilenos realizado en Chillán, allí Giaconi leyó un texto que representaba muy bien no sólo sus concepciones literarias, sino que también la de muchos jóvenes escritores chilenos de la década del 50. En la reedición que se hizo de *La difícil juventud* en 1970, se incluye "Una experiencia literaria" (las palabras que Giaconi dijo en la ponencia) como prólogo.

Su obra no es muy extensa, pero es sustanciosa. Los doce cuentos que componen su más grande escrito lo llevaron a la cumbre, sin embargo, luego de aquel maravilloso debut, Giaconi se sumió en un silencio creativo que no hizo más que aumentar la fama que crecía en torno a él. En el año 2010, Gonzalo Contreras publica un volumen que

rescata la obra completa del autor, con la cual busca rescatar la figura casi mítica del díscolo escritor.

### ***La Difícil Juventud***

Considerada la obra fundacional de la Generación Literaria de 1950, *La difícil juventud* consta de doce cuentos llenos una de estética novedosa y transgresora. Publicada en 1954, cuando Giaconi tenía 27 años, esta obra se presenta con un carácter inconformista y casi maldito. Más aún porque su autor se encontraba en la cárcel al momento de su publicación.

Con su aparición generó gran controversia, lo que atrajo a los críticos de la época, de la misma forma en que sigue siendo objeto de continuos análisis y estudios en la actualidad. El siguiente extracto de un artículo publicado en el 2010, demuestra el gran interés que estos doce cuentos generan en quienes los lean:

"En el texto de Giaconi se lleva adelante un proceso de desterritorialización, de abandono del territorio para crear una nueva tierra, un nuevo universo. Supone la búsqueda de un centro intenso en lo más profundo de sí mismo. (Deleuze y Guattari: 2000).Y esto se logra a partir de una línea de fuga, que “no es una huída del mundo sino un fluir hacia una territorialización” (Catalán: 2003, 97). Eso es lo que busca Giaconi a través de la publicación de *La difícil juventud* en el marco de la tradición literaria chilena, y también sus personajes, por medio de la ruptura de los estratos que los aprisionan. Las líneas duras,

que segmentarizan y estratifican están determinadas por las corrientes aún vigentes en la narrativa chilena: el criollismo y el realismo socialista, y se ven representadas en los cuentos a través de las rígidas normas establecidas por la urbanidad, el sentido común, la ética adulta que no comprende, que se muestra insensible frente a la sensibilidad juvenil, que pretende aplastarla. Y las líneas de fuga, de ruptura, se forman por medio de la experimentación formal y temática, por la búsqueda de la catarsis, de la expansión liberadora. Este primer libro de Giaconi se instala en un nuevo territorio, en una distancia crítica que lo separa del resto, en donde marca sus distancias".

Sin duda alguna, *La difícil juventud* es una obra que encierra en sí misma toda la inteligencia y el carácter de su autor, así como también el reflejo del sentir de muchos jóvenes escritores de la época.

En: [http://es.wikipedia.org/wiki/Claudio\\_Giaconi](http://es.wikipedia.org/wiki/Claudio_Giaconi)

